



Rosario Robles

Las campañas

Formalmente han iniciado las campañas de los candidatos a diputados federales y de catorce entidades que renovarán simultáneamente sus congresos locales, alcaldías y (en seis de ellas) gobernadores. Sin embargo, parecen no tener espacio en los medios de comunicación (a pesar de la cantidad abrumadora de spots que han generado más rechazo que aceptación) y, mucho menos, en el imaginario colectivo. Por el contrario, las encuestas prevén un abstencionismo considerable, por lo que la próxima legislatura contará con un respaldo social muy limitado. No sólo. Hay quienes señalan que ejercerán su derecho al sufragio pero que anularán la boleta, pues ninguna de las opciones les convence. Este boca a boca empieza a ser una constante en las reuniones familiares, en las de amigos, en eventos de todo tipo, lo que confirma que el elector cambiante hoy no encuentra una opción clara y que quienes emitan un voto a favor de alguno de los partidos lo harán porque son electores estables (conocidos como duros en el argot electoral), cuya decisión no se modifica por las circunstancias de una elección. Pero representan un sector minoritario. Constituyen los ejércitos de los partidos, pero no involucran a amplios sectores sociales que, en otras condiciones, acuden a las urnas atraídos por la contienda, por lo que está en juego, o por la persona. Pero en este proceso, no se sienten convocados. No se sienten representados. En primer lugar, porque las nuevas reglas electorales en lugar de alentar la participación la cohiben. Todavía hoy se discute si videos aparecidos en YouTube violentan las normas y consti-

tuyen una guerra sucia, si la presencia de López Obrador en los spots de partidos (que no son el suyo) representa una campaña presidencial anticipada, por citar algunos ejemplos, cuando en otras democracias esto no representa el más mínimo problema. En segundo, los espacios mediáticos están centrados en otros afanes noticiosos. La epidemia de la influenza acaparó la atención nacional durante varios días, generando temor e incertidumbre, limitando con ello el ambiente para el discurso político. Concluida la emergencia, los espacios los empiezan a ocupar los escándalos, como sucede en sociedades fuertemente

Hay quienes señalan que ejercerán su derecho al sufragio, pero que anularán la boleta, pues ninguna de las opciones les convence

influenciadas por los medios y, precisamente, en momentos políticos importantes. El problema es que más allá de la veracidad de los dichos y los escritos (a los que habría que agregarles pruebas), la carga es para la clase política que paga los costos de la desconfianza, de la incredulidad, del escepticismo.

Pero hay otro aspecto más relevante: la incapacidad de conectar con las preocupaciones de la inmensa

mayoría de los mexicanos, de ponerse en sus zapatos, de hablar a nombre de ellos. Mientras la clase política se enreda en una madeja de declaraciones, la gente no encuentra respuestas a lo que le agobia en la vida cotidiana. El escándalo, es cierto, no deja espacio para la propuesta. Pero ha faltado imaginación, capacidad de innovar y, sobre todo, tocar los corazones. No hay soluciones y por eso tampoco hay confianza. La emergencia sanitaria demostró la fragmentación e ineficacia del sistema de salud y los políticos no han incorporado su rediseño en la agenda. Se manda al Ejército a las calles sin resultados espectaculares y no se debate en serio una estrategia de seguridad ciudadana de largo plazo. Se paraliza la educación (desde hace tiempo, por cierto, y no por la influenza) y lejos de colocar este tema como vital y de generar las iniciativas para reformarla (de verdad), nos parece normal que el sindicato magisterial sirva para fines electorales. Por el impacto de la contingencia, se agrava la crisis en el sector de servicios y de turismo, y no hay una sola iniciativa legislativa para revertir esta condición que le dé confianza y certidumbre a millones de mexicanos cuyos ingresos dependen de ello. Por eso, la apatía ha obtenido cartas credenciales y no parece que habrá un giro. Por el contrario, se avizora una guerra descarnada en la que lo último que importa son las aspiraciones de las gente, en la que lo que menos cuenta es el país.

Ser... o neceser

Pocos recuerdan que si por el PAN fuera no habría Instituto Nacional de Investigación Genómica y tampoco mapa del genoma de los mexicanos.



Por cierto, la votación contra esa ley
la comandó en abril de 2002 el hoy
secretario de Salud. ■■
rrobles@milendiario.com.mx

